

LOS CHICOS, LAS ESCUELAS DE HOY Y DE AYER

Dr. Leandro de Lajonquière

El título de este panel “Los chicos, las escuelas de hoy y de ayer” alude a una diferencia en el tiempo. Nosotros, los más viejos, teníamos y aún tenemos la sensación de que la escuela de ayer mal que mal funcionaba. No estoy afirmando que funcionaba de hecho sin problemas y sobresaltos. La sensación era que funcionaba, así como lo que se nos impone a todos hoy en día es, al contrario, la idea de que no funciona. Para saber si la escuela funciona de hecho, deberíamos interrogar a cada uno por los efectos que la escuela pueda haber producido o no en su momento. La pregunta por el funcionamiento escolar es muy compleja y de contornos difusos, es como preguntarle a alguien si es feliz en el matrimonio. Como sabemos, la felicidad se presenta bajo diferentes formas y figuraciones. Tal vez sea el caso, para simplificar el problema, de decir que un sistema educativo funciona de hecho cuando por ocasión de la realización de un censo nacional la mayoría de la población responde que sabe leer y escribir, se comprueba que se venden diarios, revistas y libros y, más aún, que vemos gente leyendo en las plazas, en los medios colectivos de transporte.

Flavia Terigi afirmó – y yo concuerdo– que los que estamos acá presente tenemos un largo y exitoso recorrido en el sistema escolar y que, por lo tanto, eso imprime una cierta forma de ver las cosas cuando de la educación se trata. Incluso, me permito añadir que bien podríamos haber hecho la primaria, la secundaria y la universidad en cualquier otra especialidad y habernos ido a hacer puentes, caminos o fabricar perfumes y, sin embargo, integramos como especialistas el circuito profesional del campo de las ciencias de la educación. No obstante, nuestras vidas continúan siempre transcurriendo dentro del universo escolar. Visto desde afuera de nuestro medio, alguien puede decir: pero estos aquí no son exitosos, son locos, pues tenían condiciones de abandonar la escuela y, sin embargo, están siempre dando vuelta en torno a ellas, si bien ahora como especialistas en educación. Entonces, no es tan simple como se piensa distinguir el éxito del fracaso escolar. Algo parecido pasa con la evaluación de los números de ingresos y egresos en el sistema universitario argentino. En Brasil, por ejemplo, suele darse el modelo universitario argentino como paradigma de fracaso pues aquí, a diferencia de lo que pasa allá, egresan la mitad de los que ingresan. Yo no creo que sea tan simple decir que se trata de un modelo que produce miles de fracasados. Quien hace dos años de universidad y luego abandona sus estudios por matrimonio, hijos, empleo o vaivenes espirituales no debe ser sumado como un fracaso escolar más. Si esta persona abandona la universidad pero lleva consigo un poco de la experiencia universitaria a nivel intelectual y personal yo no creo que sea, entonces, un simple abandono. En suma, para mí se debe hablar de fracaso escolar en cualquier nivel sólo cuando el tiempo pasó en vano, es decir, cuando se

sale en el mismo estado en el que se entró.

En las seis iniciativas educacionales a los cuales se refirió Terigi en su exposición, que bien podríamos decir que se trata de proyectos que “funcionan”, que no producen o reducen el número de fracasados, que andan bien en esas diferentes localidades latinoamericanas, hay tres puntos que a mi entender deben ser destacados: en primer lugar, los chicos son visibilizados; en segundo, la centralidad está puesta en el aprendizaje, es decir, que opera la convicción de que los chicos pueden aprender y yo estoy particularmente de acuerdo en esto; y en tercer lugar, hay un trabajo con la familia que pasaría no apenas en llamar a la familia para decirle “mire, su hijo hoy se portó mal” sino para decirle “mire, señor, señora, a su hijo le va muy bien en la escuela”.

Esas tres cosas no me sorprenden, estoy convencido de que ellas hacen que esos programas de hecho funcionen. No obstante, sospecho que esas tres características que hacen al éxito de esos proyectos presentados por la colega ya estaban también presentes en la escuela de ayer, y más aún, me arriesgo a afirmar que también era por cuenta de ellas que justamente otrora funcionaban. Si estos proyectos, así como otros, reponen esos tres trazos del funcionamiento escolar, ellos entonces están reponiendo lo que ya estaba y que en algún momento determinado parecería ser que comenzó a trastabillar, comenzó a perder potestad, peso o densidad. Debemos preguntarnos por qué.

Concuerdo con las conclusiones de Flavia Terigi: el funcionamiento y destino de los dispositivos educativos van de la mano, en última instancia, del ejercicio de la diferencia generacional, así como esta cuestión no es simplemente de orden pedagógica y didáctica, como habitualmente se piensa. En ese sentido, avanzo la siguiente hipótesis: los llamados problemas de hoy de la escuela, lo que hoy hace ruido, está relacionado a la cuestión generacional y con la pretensión de dar siempre respuestas pedagógicas inclusive cuando la problemática no es totalmente pedagógica.

No todo es didáctico y pedagógico. Las ciencias de la educación precisaron de un cierto tiempo para sospechar que hay cuestiones que exceden a lo pedagógico y, más aún, a lo didáctico. Parecería ser que comenzamos a reconocer que a pesar de dictar leyes, trazar políticas educativas y de poder justificar o fundamentar científicamente un conjunto de prácticas pedagógicas, parecería ser que los chicos no responden como planificado.

El programa llevado a cabo en la ciudad colombiana de Medellín (comentado por Terigi) se llama “Escuela busca niños”. Aquello que me vino a la cabeza cuando escuché el título fue una fantasía del tipo: se trata de salir a la calle a cazar chicos, así como cuando en mi niñez la perrera salía a buscar los perros. Si les comento cuál fue mi asociación espontánea es para llamar la atención sobre este hecho que apunta precisamente para una alteración en la experiencia de la diferencia generacional. Hoy en día, por ejemplo, nosotros (los viejos) pasamos la vida cotidiana atrás de los chicos, nos la pasamos atrás de ellos: “Nene comé; nene

vestiste; andá a la escuela” y del otro lado escuchamos: “Sí mamá; sí, ya voy; no mamá; ya voy”. Uno los tiene que llamar quinientas veces porque el chico está enganchado en otra cosa y cuanto más llamamos, el chico menos responde.

Tenemos la sensación de que las cosas hoy pasan así y que antes era diferente. Es verdad que antes los chicos faltábamos menos a la escuela. No obstante, eso no quiere decir que nosotros no queríamos faltar un día. Los otros días, por ejemplo, recordé que cuando llegaba el invierno uno mojaba un papel secante y se lo ponía en el zapato con la esperanza de resfriarse y así no ir a la escuela. Tal vez los más jóvenes de este auditorio no sepan lo que es un papel secante, ya en extinción a fines del siglo pasado. Tal vez tampoco sepan entonces qué significa “hacerse la rabona”, es decir, no ir a la escuela, aunque es posible que ahora haya alguna otra palabra para esto.

Es un hecho que íbamos a la escuela, pero también es un hecho que no siempre teníamos ganas de ir. En una palabra, no éramos santos. ¿Por qué digo esto?, porque tenemos una tendencia a pensar que antes, nosotros, éramos santos, pero un poco tontos o lentos mientras que los chicos de ahora son una peste, pero inteligentes y rápidos. Sin embargo, las cosas no son así tan simples. Siempre los adultos de turno viven una cierta extrañeza respecto de la generación que le sigue. Es curioso que sea siempre con aquella que sigue inmediatamente, pues en general los abuelos no se desconciertan con sus nietos.

Entonces, tenemos que íbamos a la escuela a pesar de no siempre querer ir, o de no ir siempre con las mismas ganas, a pesar de mentir a veces, de olvidar la tarea, el sacapuntas y las pinturitas decenas de veces, de copiarse en una u otra prueba. Así, generaciones y generaciones fueron a la escuela y salieron en su mayoría con una cierta disciplina intelectual que permite el estudio, una cierta memoria, un cierto ordenamiento en las tareas, paciencia para la lectura y atención a la hora de escribir y hacer cuentas. Nuestros abuelos terminaron por alfabetizarse, y así jóvenes pasaron a leer el diario todos los días y después se convirtieron en lectores de cuentitos para sus nietos. ¿Por qué esto es importante?, porque existe una especie de manía pedagógica en torno de un funcionamiento ideal o normal, es decir, que todo tiene que funcionar igual, al mismo tiempo y siempre. Es similar a la ilusión del matrimonio siempre feliz.

¿Cómo puede ser, entonces, que más allá de un resfriado o de un sacapuntas olvidado o de portarse más o menos mal, nosotros, los chicos del siglo pasado, fuimos a la escuela y salimos diferentes, transformados de como entramos? Hoy, en cambio, los chicos simplemente no van a la escuela porque no hay escuela o porque no está en condiciones de recibir niños, o porque los padres no los mandan todos los días, o si ellos finalmente llegan a ir parece que pueden llegar a salir de séptimo grado en el mismo estado en el que entraron. Creo que es esto lo que debemos interrogar.

La descripción que estoy haciendo es un poco caricaturizada, puede dar lugar a la risa;

ciertamente, como toda generalización, también está en parte errada. La realidad de todos los días es una mezcla de grises, de claros y oscuros y, justamente, hay que interrogarla para poder saber qué es lo que en ella está en juego.

En ese sentido, quiero recuperar lo siguiente: antes los chicos corrían detrás de los adultos y la escuela era el lugar por excelencia donde esa carrera se daba; hoy, en cambio, los adultos corremos detrás de los chicos con el argumento de que nos hacen renegar y que si no corremos atrás, entonces, los chicos de hecho no hacen nada. Parecería ser que lo poco que un chico hace es porque un adulto corre atrás. Creo que esto apunta al hecho de que el adulto nada espera del niño o se trata de una espera que, en lugar de animarlo, lo condena a un lugar muerto.

La escuela forma parte del mundo al cual los chicos llegan siempre un tiempo después que nosotros. Los chicos de turno son justamente chicos, pues llegaron después de los adultos, que llegamos siempre un poco antes. Ellos crecen, pero nosotros nos vamos poniendo viejos. Esta simplicidad que hace a la diferencia generacional es indeleble y no siempre es recordada, sobre ella no se quiere saber. Hoy hay una pretensión neurótica de pretender borrar esa diferencia. Desde la ropa, la cirugía plástica hasta las declaraciones de tipo: “Yo no tengo nada para decirle, enseñarle, imponerle a mi hijo, a mi alumno”, “yo no tengo nada para decirle pues no sé lo que va a pasar en el futuro”. Esto no pasa de una ilusión porque sobre el futuro en realidad nadie sabe: ni el chico ni el adulto. Esto es un hecho. En el siglo pasado tampoco se sabía sobre el futuro, pero ello no impedía que los adultos abriesen la boca para decirles a los chicos lo que tenían que hacer, y se lo decían de una forma tal que era en sí misma suficiente, a veces podían necesitar un refuerzo, lo cual podía ser una simple amenaza, como por ejemplo, mostrar la chancleta o proferir la famosa frase “ya vas a ver cuando tu papá venga” o “si no estudiás, a fin de año vos te quedás con la abuela y nosotros nos vamos de vacaciones”.

La escuela de antes, así como los mismos padres, también sabía que no todo su arsenal era didáctico o pedagógico. Ella sabía que no pasaba de un dispositivo cuyo objetivo era precisamente simbolizar, metaforizar la diferencia entre las generaciones. Es decir, el dispositivo institucional escolar apuntaba a hacer metáfora con el real de la diferencia generacional. Por eso, una de las explicaciones más escuchadas cuando éramos chicos era: “Cuando seas grande, entonces...”. Recuerden que cuando íbamos a las escuelas imperaba un sinnúmero de prohibiciones, pero éstas no eran enunciadas en virtud de que “éramos tontos, fracasados o hijos de padres divorciados o pobres” – atributos hoy en día son proferidos todo el tiempo en el ámbito escolar –, sino de nuestra cualidad de no-grandes, de pequeños, de chicos. Cuando seamos grandes – pensábamos – podremos, gracias a la posibilidad de implicarnos en el asunto en cuestión, consumir aquello mismo que ahora nos es prohibido.

Tal vez la fuerza de la escuela no dependa – como es común pensar – de su capacidad de

darnos uno u otro trabajo en el futuro, sino en el hecho de que ella nos hará grandes, así como lo son el maestro y esos héroes de la patria retratados en sus muros. La justificación de la escuela de antes, de ayer, no era el trabajo, más allá de que antes, en efecto, a diferencia de hoy, había trabajo para todos cuando terminábamos la escuela. La justificación era otra sumamente vaga, difusa, que tiene que ver con esto de ser grande. ¿Qué es ser grande? Nosotros fantaseábamos que cuando fuéramos grandes íbamos a poder hacer todo lo que estaba prohibido, no tomar más la sopa, no lavarse más los dientes, etc. Sin embargo, nos hicimos grandes y nos seguimos lavando los dientes, nos levantamos temprano para ir a trabajar, pagamos los impuestos y tomamos sopa. Entonces, alguien podría decir: ¡me engañaron! Me convertí en grande y no obstante no zafé, es decir, esto que en psicoanálisis se llama no escapar de la castración, no escaparse de esa ley que nos impele a seguir en carrera y a pensar que “la esperanza es lo último que muere”. Esto es muy interesante, porque a pesar de que tengamos medio siglo o más, en nuestras cabecitas opera un singular montaje parecido al del burro que va andando con una zanahoria que le ponen adelante. En nuestro caso, a diferencia del burro, la zanahoria que vemos adelante está de hecho situada atrás, y lo que vemos adelante es su imagen reflejada en el espejo. Por eso avanzamos pero sentimos que en realidad fue en el pasado lejano que fuimos felices, que algo allí se perdió y que esperamos reencontrar en el futuro.

La escuela tiene un gran poder subjetivo, es decir, la escuela fabrica subjetividades y esa escuela de antaño – más allá de recuerdos tristes, como el día que nos acusaron en vano, el día que la señorita no dio a entender que no nos quería todo lo que imaginábamos, el día que pensamos que nos sacábamos un diez y nos terminamos sacando un cuatro – era una máquina movida a deseo, era una máquina movida a esperanza. Justamente, a una esperanza vaga en la cual todo podía encajar: podría ser el empleo, podría ser el mudarse de ciudad, ser el esperado doctor de la familia.

No obstante, en medio siglo las cosas se invirtieron, parecería ser que cuando nosotros – los viejos – estamos con los chicos, no podemos dirigirles la palabra en su plenitud. ¿Qué es educar? Sea en casa o en la escuela, educar entraña hablarle a los chicos, dirigirles la palabra. No hay educación sin palabras al interior del campo del lenguaje. Entonces, algo ha cambiado pero no ha cambiado por una especie de mutación biológica degenerativa de la especie humana, tampoco se trata de una condena divina, una condena de los cielos. Estamos tomados en el tiempo y, por lo tanto, las cosas mudan todo el tiempo. El asunto es que hoy padecemos una cierta forma de dirigirle la palabra al chico un tanto diferente a la de antes. La forma que tenemos hoy de dirigirle la palabra es una forma que no simboliza o hace metáfora con la diferencia que hay entre el chico y el adulto, es decir, que no metaforiza lo real de la diferencia intergeneracional.

Me voy a permitir, a partir del psicoanálisis, hacer una precisión sobre esta cuestión

mencionada en relación a los proyectos presentados por Flavia Terigi y planteada en términos de “ejercer la diferencia generacional”. Yo diría que ese así llamado “ejercicio de la diferencia” entraña precisamente lo que yo llamo simbolización o metáfora de la diferencia en lo real. Esta precisión nos permite analizar algunos pequeños detalles de la vida con los chicos. Debemos evitar el riesgo de pensar que el “ejercicio de la diferencia” es simplemente dar órdenes a los más jóvenes. Como sabemos, podemos darlas, y los chicos se nos suben en la cabeza igual. Justamente, hay formas y formas de hablarle a un chico.

Los chicos esperan que nosotros mandemos, demos órdenes, enunciemos nuestras preferencias, ordenemos el mundo, para ir atrás nuestro aunque cada uno a su manera. ¿Por qué? Porque en realidad los chicos están molestos por ser chicos, quieren ser grandes. El ser chico no nos gustaba; en realidad, a nadie le gustaba ser chico. Una cosa es el sufrimiento psíquico y otra cosa es el malestar propio de la infancia. Los chicos están siempre molestos aunque no sufran. Pero hoy en día – las estadísticas así algo dicen de ello – los chicos abandonan las escuelas no tanto porque tienen que ir a trabajar como antaño sino porque no quieren ir más a la escuela o porque los adultos no quieren mandarlos más. Los jovencitos se suicidan y no son pocos. No necesariamente se arrojan por la ventana pero inician un circuito de vida, de andar en ciertas bandas donde se pierden, se abandonan a sí mismos, se quedan como largados. Y yo diría que si se largan de la vida es porque los adultos los hemos dejado en banda. Todo chiquito que nace, todo bebé que nace busca la mirada del adulto es sensible a las palabras del adulto, es sensible a la entonación, a la musicalidad de la voz, así rápidamente un bebé reconoce la diferencia entre la voz de papá y la voz de mamá. Para sostenerse en la vida los chicos precisan nortearse, agarrarse a los viejos, caso contrario entran en sufrimiento.

No puedo creer que haya chicos que nazcan diferentes al punto de que sólo quieren despegarse del mundo de los viejos. Los chicos siempre quieren entrar al mundo de los viejos, lo cual no quiere decir que sea tarea fácil y mucho menos que todos lo hagan de la misma forma. Cuando éramos jóvenes, uno era rebelde, quería hacerse viejo pero no totalmente; uno quería hacerse viejo de otra forma, no como mamá y papá, recuerden el típico “voy a hacer todo lo contrario a lo que ellos me dicen” o “cuando tenga hijos voy a hacer lo contrario a lo que hicieron conmigo”. En suma, uno insiste en entrar al mundo de los viejos pero a su propia manera.

Había una especie de primera apuesta a que los adultos me digan qué tengo que hacer para después poder oponerme, ensayar una negociación que bien podemos calificar de inconsciente y así correrme del lugar en donde me pusieron. Yo soy de la época escolar de los dictados y de la redacción. Recuerdo que la maestra decía “hagan una redacción sobre la vaca, sobre la exposición rural, o sobre las vacaciones”. A la tercera o cuarta redacción, alguien se permitía exclamar “ufa, señorita, otra vez, la vaca”, entonces la maestra decía “bueno, entonces, tema libre”. Todos comenzábamos a pensar y a dar vueltas con el lápiz y, obviamente, a

angustiarnos frente a la hoja en blanco, hasta que nuevamente alguien decía: “perdón señorita, ¿no nos puede dar una pista, una ayuda?”. En ese momento la maestra, con habilidad, respondía: “bueno, entonces hagan sobre el caballo”. A seguir, alguien exclamaba por todos: “gracias, gracias señorita, ahora me volvió la inspiración”. ¿Cuál era la diferencia entre la inspiración de ese momento y cinco minutos antes? Evidentemente se trataba de un juego; esa señorita sabía que la educación se procesa en pequeños detalles que escapan a la didáctica, a las políticas públicas y a las leyes. No hay ley de los pequeños detalles, no hay didácticas de los pequeños momentos entre chicos y viejos.

La educación, sea familiar o escolar, se juega en los pequeños detalles. Tanto el diablo como Dios existen en los pequeños detalles. A la larga, ellos componen una carrera movida a deseo, donde el chico quiere ocupar el lugar del grande, aunque no sepa muy bien de qué se trata. O, al contrario, el chico no se mueve del lugar porque, en cierto sentido, ya se ganó el premio. Justamente, hoy en día meta-transmitimos a los niños, más allá de nuestras declaradas buenas intenciones, en los pequeños detalles de la vida de la educación, que él ya ganó por el simple hecho de haber llegado al mundo.

Hoy es común escuchar algo de este tenor: “Mi niña es inteligente porque es mi hija. ¿Cómo la maestra no se dio cuenta? ¿Qué clase de escuela es esa que trata a mi hijo como si fuera otro cualquiera? Yo le voy a decir a esa maestra...”. Esto es una novedad. Antes, al contrario, los padres no íbamos a decirle nada a la maestra. Aquí hay una pequeña confusión de lugares, de escenarios, que no es sin consecuencias. Si la familia transmite en ese pequeño detalle que el chico nunca está solo en la escuela, que siempre mamá y papá están supuestamente protegiéndolo por diferentes motivos, que el espacio escolar se familiariza, entonces él – el niño - ya ganó. Y cabe decir que el chico ya ganó a pesar – o tal vez por eso mismo – de desempeñar el papel de fracasado. Podemos preguntarnos con sorpresa a quién le gusta ser fracasado. Parece extraño, ¿no es cierto? Pero no debemos olvidarnos de que el masoquismo está presente y que entraña un tipo de satisfacción psíquica o goce. Es como si el chico se digiera a sí mismo: “Seré fracasado pero al menos existo para los otros”. Es decir: “Fracasado, ergo existo”. Maud Mannoni siempre decía que cuando un chico percibe que estamos interesados por su síntoma, entonces él nunca lo larga. Un chico bien puede pensar: “Si me curo, entonces ¿mi mamá de qué se va a ocupar?”.

Antes, en la escuela los chicos trabajaban (es curioso observar que en la lengua francesa no se dice que un niño “estudia” en la escuela sino que “trabaja”), corrían una carrera que no tenía fin pues se trataba de hacerse adulto, grande, lo que es de hecho imposible porque como máximo nos hacemos viejos pero nunca adultos. Los niños producían y mostraban a sus padres los productos de ese singular trabajo (la Feria de Ciencia, el 10 en matemáticas, los regalitos hechos en trabajo manual para el día de la madre y del padre, es decir, esas cosas que se hacían en madera, con palitos que no duraban mucho en pie) que motivaba a que los padres dijese:

“¡Que lindo nene, vení que te doy un beso!”.

Hoy en día se habla mucho de la responsabilidad de los padres o de los viejos en general, de la generación anterior. Si al chico le pasa tal cosa es porque los padres se comportan con ellos de determinada manera. En cierto sentido es así, pero no tanto. Tampoco es imposible escuchar que está lleno de gente que se desgarran las vestiduras por la responsabilidad respecto de los chicos. Sin embargo, creo que debemos estar atentos para no confundir la declamación en torno de la responsabilidad con aquello que llamamos implicación subjetiva. Por implicación entendemos el reconocimiento inconsciente por parte del adulto de la fragilidad propia de palabra que se le dirige a un chico. Del reconocimiento de la falta de certeza cuando se dirige la palabra a un niño: ¿Cómo estar seguros de algo y hablarle de ello a un niño?

A la implicación del lado del viejo le corresponde la implicación del propio niño en la carrera de hacerse grande. El dispositivo escolar apuntaba a la implicación infantil; la maestra solía hacer las siguientes preguntas retóricas: “¿A que venís a la escuela?”, “¿dónde piensa que está usted?” Para luego completar: “A la escuela se viene a estudiar” y “aquí no es su casa”.

Hoy no implicamos a los chicos, le damos las cosas un tanto masticadas, los perseguimos, los cansamos, los buscamos, los chantajamos en la tentativa de que ellos funcionen como un espejito y que nos respondan lo que nosotros queremos escuchar. Obviamente, cuando ellos no nos responden imaginariamente como queremos, entonces, como la mismísima bruja que acechó a Blancanieves, quebramos el espejo llenos de rabia y así tiramos al chico por la ventana.